

intereses de Inglaterra o del Imperio exijan que tales derechos sean postergados. Este fue, por ejemplo, el caso de la guerra del Transvaal. Estalló entonces un conflicto entre las dos tendencias del habla inglesa, y entonces los pueblos continentales acusaron a Inglaterra, injustamente, de hipocresía.

—¿Cómo—se dicen esos pueblos—vosotros preconizáis una doctrina y no la aplicáis jamás en vuestros propios asuntos?

Habría que contestar:

Conozco yo un viejo hogar, muy estimable en mi concepto y al que, sin embargo, aun mis amigos suelen comprender mal. Es el marido un hombre de negocios, honrado, bastante áspero, muy atento siempre a sus intereses, capaz de sentimientos de generosidad pero capaz también de ocultar esos sentimientos bajo apariencias de frialdad; en una palabra, poco sociable y además, casi indiferente a los halagos sociales. Su esposa, en cambio, es una mujer dulce, piadosa, atenta siempre a hacer la caridad, sinceramente desinteresada, y que desea constantemente convertir a sus amigos; además, bastante severa de costumbres. Los hijos, que son numerosos, no tienen ni el vigor del padre ni la abnegación de la madre. Son alegres, frívolos y pasan buena parte de su vida en jugar a la pelota con instrumentos de formas diversas.

Cuando hablamos por teléfono a esta casa, es siempre la esposa la que nos contesta... Y por lo mismo no oímos entonces más que discursos morales y exhortaciones a la virtud. Pero quien llegue a tratar con el marido le encuentra semejante a todos los hombres, es decir, prudente, desconfiado y estrictamente celoso de sus derechos. De semejante contraste surge siempre una mala inteligencia. Y la gente malévola dice:

—Vaya una pareja de hipócritas. Comparad, si lo dudáis, los actos del marido con las fervientes actitudes de la esposa. Ella es para él una cómoda defensa, pues con su actitud obliga a las gentes de fuera a mantenerse con respecto a este hogar, en una actitud siempre deferente; y luego, el día en que el marido estorba de una manera u otra las doctrinas de su esposa, éste las olvida... o las hecha en el cesto. Comodísimo.

Tales juicios son superficiales. Yo he vivido durante largos años en esta casa, sé bien que el marido y la mujer son uno y otro completamente sinceros y que se entienden entre sí de modo perfecto. El hombre siente que necesita de su mujer y no se halla nunca feliz si no llega a alcanzar su aprobación... Si queréis comprender perfectamente a Inglaterra, y negociar con ella útilmente, necesitáis ponerlos de acuerdo, a la vez, con la mujer y con su esposo, o, dicho de otra manera, con la opinión pública y con el gabinete.

* * *

Resumamos. He aquí un pueblo que posee un inmenso legado de recuerdos, de costumbres y de convenciones, y que tiene la certidumbre de que estos cuadros así establecidos por sus antepasados

son los mejores y, diremos más todavía, los únicos concebibles. He aquí un pueblo que tiene el deseo de vivir al amparo de esas convenciones todo el tiempo que le sea posible, una vida tranquila de bellos días deportivos o políticos. Pero he aquí también un pueblo que, si esta vida tranquila llega a ser imposible, será capaz de adaptarse con rapidez extraordinaria y, con extraordinaria tenacidad, combatir.

Acaso nos resulte más fácil representar esta singular naturaleza por medio de una comparación musical. Pensad, por ejemplo, en *El oro del Rin*. Toda la masa orquestal va reproduciendo el murmullo poderoso, eterno, del río. El auditorio se siente transportado y como arrullado por aquel torrente de sonidos. Por dentro de este torrente, de cuando en cuando un violín va insinuando un ligero motivo melódico, que muy pronto se pierde entre las ondas de la orquesta.

Así es, aproximadamente, el espíritu inglés: lo esencial en él es una gran corriente de sonidos, de recuerdos de tradiciones e instintos. La inteligencia, de cuando en cuando, emerge por encima de las olas que nos muestra en tal cual obra bella y encantadora. Pero estos temas no son recogidos por la orquesta. Y el río continúa llevándose en sus olas al pueblo inglés.

De este río y de estas corrientes he tratado de dibujar esta noche para vosotros un mapa aproximado. Me sentiré feliz si, mediante estos rasgos he logrado hacer para algunos franceses menos complicada y difícil esta navegación.

(De "Université des Annales", París).

Bourget y la Biología o La Superstición de la Ciencia

P o r J U L I E N B E N D A

CUALQUIERA que sea la impresión que se tenga sobre la obra de Paul Bourget, de quien M. Edmond Jaloux hizo recientemente un conmovido elogio en la Academia Francesa, existe un punto por donde esta obra retiene la atención del historiador. Es la obra de Bourget, una de las expresiones más claras de cierto fenómeno de nuestros días: la pretensión de los teorizantes de la política de que sus afirmaciones se hallan fundadas en la ciencia.

Esta pretensión ha surgido en el siglo XIX, por reacción contra la revolución y sus doctrinas emanadas de la razón abstracta. Ya en 1824, en una obra intitulada "La Restauración de la Ciencia Política", obra —¡quién lo creyera!— que fue el breviario de Bonald y de todo un mundo durante varias generaciones, el bearnés Louis de Haller proclamó que iba a demostrar científicamente la legitimidad del régimen monárquico. Este anuncio se hizo más ardiente que nunca al instaurarse la Tercera República. Y acabó por

encarnar, de una manera eminente, en Bourget.

No entraré en consideraciones sobre una ciencia que como todo el mundo lo sabe, consiste en retener los hechos que vienen en apoyo de una determinada tesis, descuidando todo lo demás. Así Bourget llega a declarar que "un espíritu verdaderamente científico no experimenta la necesidad de justificar un privilegio que aparece como dato elemental e irreductible de la naturaleza". Pero este espíritu "verdaderamente científico" se escandalizará de la insurrección contra aquel privilegio, aun cuando también la insurrección sea un dato de la naturaleza social. Alguna vez, como su colega d'Hausenville le dijese que la democracia es un hecho que debe ser tomado en cuenta por la política experimental, Bourget contestó que esa creencia es un prejuicio y que, además, las barcas se hicieron para ir contra la corriente. (Los revolucionarios nos dirán precisamente lo mismo.) Bourget nos dice en otra parte que educar a los niños religiosamente es educarlos científicamente, significando aquí científicamente, conforme a una definición evidentemente especial: *de acuerdo con lo que la historia ha demostrado ser de interés para la humanidad*. Pero los grandes argumentos de Bourget se apoyan en la biología. Bien sabido es con qué vehemencia su tradicionalismo se arrojó sobre las ideas de Quinon, relativas a que los animales superiores no existen, sino porque supieron conservar la temperatura de sus primeras edades, y se han negado a aceptar el cambio térmico que posteriormente vino a manifestarse en su derredor.

Blandía Bourget el darwinismo sin aceptar de esta doctrina más que el dato de la lucha por la existencia, omitiendo referirse a la importancia que Darwin concede como *factor de evolución*, a los instintos de simpatía y de solidaridad; por ejemplo cuando este autor descarta como hecho significativo el que los monos adopten siempre a los huérfanos de sus compañeros y el que los cuervos alimenten a sus semejantes ciegos. Se podría escribir todo un libro sobre el modo cómo los teorizantes políticos explotan la biología. Uno vendrá a fundar todo su sistema en la experiencia de que un árbol se seca y muere si llega a arrancarse, en tanto que los técnicos enseñan que puede ser ventajoso para la prosperidad del árbol cambiarlo de suelo. Otro, buscando que la educación desarrolle el instinto social y no la inteligencia, nos mostrará la ciencia exaltando el instinto del animal, pero no dirá nada de los errores de este instinto, de su impotencia para modificarse conforme a las circunstancias y conforme a otras taras sobre las cuales la misma ciencia nos invita a estar atentos. Observemos, por otra parte, que algún teorizante pedirá reglas de vida a los animales, sin perjuicio de que cuando, una política biológica, por ejemplo comunista, se ponga frente a él, no dejará de exclamar: "¡Pero es que nosotros no somos abejas, ni hormigas!"... Verdad de este lado de los Pirineos, mentira del otro... La esencia misma del pragmatismo.

Se impone aquí, sin embargo, hacer una distinción: en contraste con tal o cual cínico doctor que a sabiendas estropea los hechos por ajustarlos a las necesidades de su causa, Bourget, con toda sinceridad, con toda su buena fe se creía un sabio. No olvidaré nunca el acento de sinceridad con que un día al encontrarse conmigo cuando acababa yo de publicar "La Trahison de Clercs", me dijo... "Yo, amigo mío, no caigo bajo vuestra crítica, ya que nunca he dejado de hacer ciencia". Y bien sabido es que nunca salió de su extrañeza al pensar que la Academia de Medicina no le nombrara miembro suyo. Conmovera ingenuidad.

El error de Bourget, error muy representativo por cierto, consistió en considerarse un sabio, cuando no era sino un moralista, que es justamente lo contrario. Bourget creía *a priori* en la excelencia de ciertas formas sociales: la autoridad sin discusión, la obediencia pasiva de los pueblos, la jerarquía de clases, el respeto legal a la herencia. En la historia no buscaba nunca sino la justificación de su tesis, exactamente como el autor del "Discurso sobre la Historia Universal", con sólo una diferencia: que Bossuet sabía esto y no tenía la pretensión de ser sabio si por ello ha de entenderse dejarse llevar por la ciencia hacia una verdad que no se sabe de antemano cuál va a ser. Barrés, en uno de sus "Cahiers" nos cuenta que Bourget le dijo un día: "No puedo aceptar esa teoría... la vida se habría equivocado, entonces". Frase de moralista; negación del espíritu científico.

Se impone aquí una interrogación. ¿Por qué este moralista no consentía en considerarse simplemente como tal moralista, título dignísimo, y que aceptaron un Santo Tomás de Aquino, un Bossuet, un Spinoza? ¿Por qué esta pretensión de espíritu científico?

Porque Bourget pertenecía a una generación de hombres de letras que, fascinados por el éxito de la ciencia de su época, pensaron que aumentaban prodigiosamente el mérito de su actividad literaria, asignándole una base científica. Recordemos, al respecto, las pretensiones científicas de Flaubert, de los Goncourt, de Zola. Y añadamos que, por un desdén hacia la metafísica muy propio también de su tiempo, no comprendieron todos ellos que en el fondo es de la metafísica, no de la ciencia, de donde emana una filosofía de la historia, cosa también absolutamente diferente de la historia. El gran engañador en este punto fue Taine. Por último, hay que recordar el advenimiento de la democracia y su respeto por las multitudes que, primarias por definición, rinden homenaje a todo lo que pretende ser científico. Bien sabemos que nuestros apóstoles callejeros, comunistas o fascistas, ven centuplicarse la veneración de sus rebaños cuando les presentan los dogmas como fundados en la ciencia. Hay en ello un factor de acción que no conocieron los espartacos... Pero advirtamos que esta última razón no es válida en el caso de Bourget, pues éste jamás fue un demagogo.

(De "Les Nouvelles Littéraires", París).